

MAURICE DUVERGER: *La VI République et le régime Présidentiel*. Librairie Arthème Fayard, París, 140 págs.

En 1946 Francia no se inclina por el sistema presidencialista de Gobierno y reinstaura el parlamentarismo con la esperanza de alcanzar el vigor de las mejores horas de la III República. Las circunstancias debilitan esta forma de gobierno y en 1958 se dibuja el sistema presidencialista con la figura del general DeGaulle. Los años posteriores han puesto de relieve que las Instituciones de la V República no sobrevivirán a su fundador. Pero ¿por cuáles serán sustituidas? Una segunda restauración del parlamentarismo tendría dudoso sentido democrático. El triunfo casi fulminante de la idea del régimen presidencialista obedece a las perspectivas que ofrece dentro de los regímenes democráticos en la segunda mitad del siglo XX. La elección directa del Jefe de Gobierno por el pueblo se presenta no sólo como reforma deseable sino también como consecuencia natural de un movimiento general de las Instituciones de Occidente dentro de la corriente histórica, en "sentido histórico". Ha llegado, pues, el momento de tránsito del presidencialismo utópico al presidencialismo científico.

Para que Francia se mantenga dentro del sector democrático occidental debe implantar en su sistema político la elección por sufragio universal del Jefe del poder ejecutivo, acelerando por este mecanismo el movimiento hacia el socialismo de economía mixta que caracteriza a los países europeos. La planificación, todo lo flexible que se desee, exige un Estado fuerte e independiente de los grupos de presión. Sólo un Estado fuerte puede gestionar adecuadamente el sector público, atendiendo y desarrollando el interés general. Este

ejecutivo fuerte se abre paso frente a la concepción tradicional que prefería Gobiernos débiles a causa precisamente de su origen monárquico y autoritario. El fenómeno cambia para impedir el desmembramiento del Estado por las coaliciones de interés.

Esta evolución acompaña a la que igualmente ha sufrido el sentido dimitonómico de la representación política. La representación, en su profundo significado actual, no es ni el mandato jurídico descrito por los profesores de derecho constitucional que siguen la tradición del XVIII ni tampoco la "coincidencia fotográfica" entre opinión pública y parlamento que, a través de la representación proporcional, han analizado los sociólogos. Es algo más: un sentimiento que se vive, que palpita en el corazón de los ciudadanos. Para que exista democracia es preciso una directa relación, un lazo de confianza entre ciudadanos y elegidos. El parlamento clásico se plantea así un vivo problema: los diputados elegidos lo son por motivos particulares de defensa de la región, pero no son el vehículo de la opinión de esos mismos electores respecto de los problemas nacionales o colectivos. Se plantea así el fenómeno de la *doble representación*: de una parte los intereses locales, de otra los generales del país entero. Estados Unidos y la Gran Bretaña lo han solucionado en base al doble sistema de la elección presidencial y en la disciplina de partidos. En Francia no se ha resuelto; es claro que los diputados no poseen la confianza de sus electores en lo tocante a asuntos globales. Junto a este defecto el sistema parlamentario francés presenta otro: no toma en cuenta la tendencia contemporánea a la personalización del poder, tendencia sólidamente enraizada en el mundo actual tanto en los sistemas occidentales como en los países del Este y Tercer Mundo. Las únicas ex-

cepciones occidentales lo constituyen Francia e Italia, por su inclinación parlamentaria a eliminar las personalidades descollantes.

La distinción clásica entre régimen parlamentario y régimen presidencial débese sustituir hoy por la distinción entre democracia "directa" y democracia "mediatizada". Se entiende por democracia "directa" aquella en que el Jefe de Gobierno se elige por el pueblo en sufragio universal y por democracia "mediatizada" cuando los ciudadanos eligen representantes que a su vez designan libremente, sin mandato imperativo, al jefe del gobierno. En los regímenes "mediatizados" los ciudadanos experimentan la sensación de estar privados de su derecho esencial: la elección de los gobernantes, mientras que en las democracias directas el elector parece participar directamente en el juego político más importante, en dar un jefe a la nación, sintiéndose directamente representado en los asuntos generales del país. Las grandes naciones occidentales se han constituido de acuerdo con este tipo de democracia directa, excepción hecha de Italia y Francia.

La nación francesa debe dejar de ser una democracia mediatizada para optar por la democracia directa, introduciendo la regla de elegir al jefe del gobierno por sufragio universal. Analizados los modelos inglés y norteamericano, parece más apropiado acercarse al de Washington por cuanto el bipartidismo es allí menos rígido y disciplinado que el británico y se encuentra más cerca, por tanto, del pluripartidismo galo. Sondeos de opinión realizados en la Francia de 1956 se mostraban favorables a la democracia directa. Las dificultades que supondría su implantación parecen superables. Una elección presidencial con escrutinio de dos vueltas, añadiendo en la segunda vuelta el voto

preferencial y subsidiario (proposición Duverger), o bien la designación por el parlamento de tres candidatos presidenciales para presentarse en sufragio universal con escrutinio de dos vueltas participando en la segunda votación solamente los dos primeros clasificados en la primera vuelta (proposición René Mayer), permitirían—una vez limados de sus imperfecciones—la elección popular final de un presidente en el sistema pluripartidista.

Las dos más importantes soluciones, la neo-parlamentaria y la presidencial, no excluyen la posible implantación de otras instituciones diferentes en la VI República. Son soluciones de reserva el recurso al parlamentarismo nostálgico de la III o la utilización de la experiencia teórica elaborada en los años 1945-1946. No lo es la Constitución de 1958, que adolece de graves defectos y cuya viabilidad es imposible después del período transitorio del consulado del general DeGaulle. La fórmula constitucional de Michel Debré no supone una solución real al problema político francés de este tiempo. Otra notable solución de reserva es la nacida en torno al grupo Jean Monnet, que prevé la implantación de un sistema de "disolución automática" y "gobierno de legislatura". Ante una crisis ministerial abierta por el voto de censura de la Asamblea nacional se decretaría ipso facto su disolución. Derrocando al gobierno el parlamento se disolvería automáticamente. Con una cláusula que impidiese la reelección parlamentaria del Jefe del gobierno en caso de dimisión tendente a consolidar su propio prestigio, el gobierno duraría lo mismo que la legislatura. Solución válida y casi única alternativa distinta del régimen presidencial.

Contando con un prejuicio de des-

confianza inicial al sistema presidencialista de gobierno, la opinión pública francesa es favorable a la elección popular del Jefe del Gobierno. Existe una necesidad imperiosa de democracia directa. Las dificultades más graves que pueda presentar el sistema son inferiores a las que se perfilan en otro tipo cualquiera de soluciones y no debe olvidarse que en el siglo XX las repúblicas mueren por debilidad.

MIGUEL CUADRADO

FERNANDO MORÁN: *El Profeta*.
Ed. Seix Barral, Barcelona, 1961.
167 págs.

“El profeta” es un libro fuerte y duro. Su autor, un joven diplomático español, nos ha colocado de golpe y porrazo ante una perspectiva inquietante y actual: la República de Sudáfrica, sus problemas y sus gentes. La llegada de un santón—Isaiah Malabittsa—a una *location* indígena provoca una serie de incidentes que son pronta y violentamente acallados por la policía blanca. A través de esta trama desfilan ante el lector un buen número de personajes cuya importancia y trascendencia no se nos oculta: el hacendado que ve con inquietud tambalearse los “viejos tiempos”, el intelectual indeciso, la periodista “emancipadora”. Y sobre todo el santón, el profeta o como quiera que se llame. Como trasfondo, de todo ello, el calor, el bosque, la tormenta. Un ambiente denso y complicado del que difícilmente puede uno desprenderse una vez inmerso en él. Sobre todo y ante todo: África misma pesando, aplastando e impregnando con su violencia vieja y nueva. La validez de los personajes de este libro es universal. Su proyección enfrenta obligatoriamente a dos mundos y a dos concepciones contrapuestas cuya vigencia está aun por decidir: por un

lado las costumbres “históricas” del rico hacendado que todo lo ve desde lejos, desde su silla de inválido. Junto a él la población blanca de toda la ciudad. En la otra orilla se encuentra el periodista, John el rico intelectual, y sobre todo “el profeta”. El profeta es “el que ha de venir”. Los negros esperan en él como una nueva resurrección. E Isaiah trae consigo la retórica de una religión híbrida, un cristianismo africanizado, cuya ingenuidad salta a la vista. Los indígenas permanecen en su “location”. Si acaso organizan tumultos, bailan y se emborrachan. Pero sobre todo esperan. Esperan en las cosas más nimias y más extravagantes... Creen que el hombre que ha llegado les librará de todo, los libertará en fin de todas las vejaciones injustas y continuas. Al final la “ley” actuará. Morirá irracionalmente una periodista que pensaba y escribía cosas justas y buenas. Nada más. La vida continúa en la location. Volverán las lluvias, los fines de semana. Pero los negros del poblado alto, cuidadosamente separados de la población, seguirán esperando. Esperando siempre. Con la esperanza enfermiza de los que nada tienen.

El gran problema que Fernando Morán ha querido mostrarnos no es tanto la injusta segregación racial existente cuanto la imposibilidad de comunicarse, de relacionarse aquellos hombres de distintos colores, hombres que hablan otros idiomas, creen en otras cosas y esperan en diferentes esperanzas. ¿No habrá posibilidad de dar al traste con estas diferencias?, se pregunta uno al terminar la novela. Incluso la contestación está implícita. Al final hay una joven universitaria llegada horas antes de la capital, que muere, simplemente “porque sí”. Serán necesarias muchas muertes, no tanto físicas, cuanto ideológicas, para que todos puedan mi-